

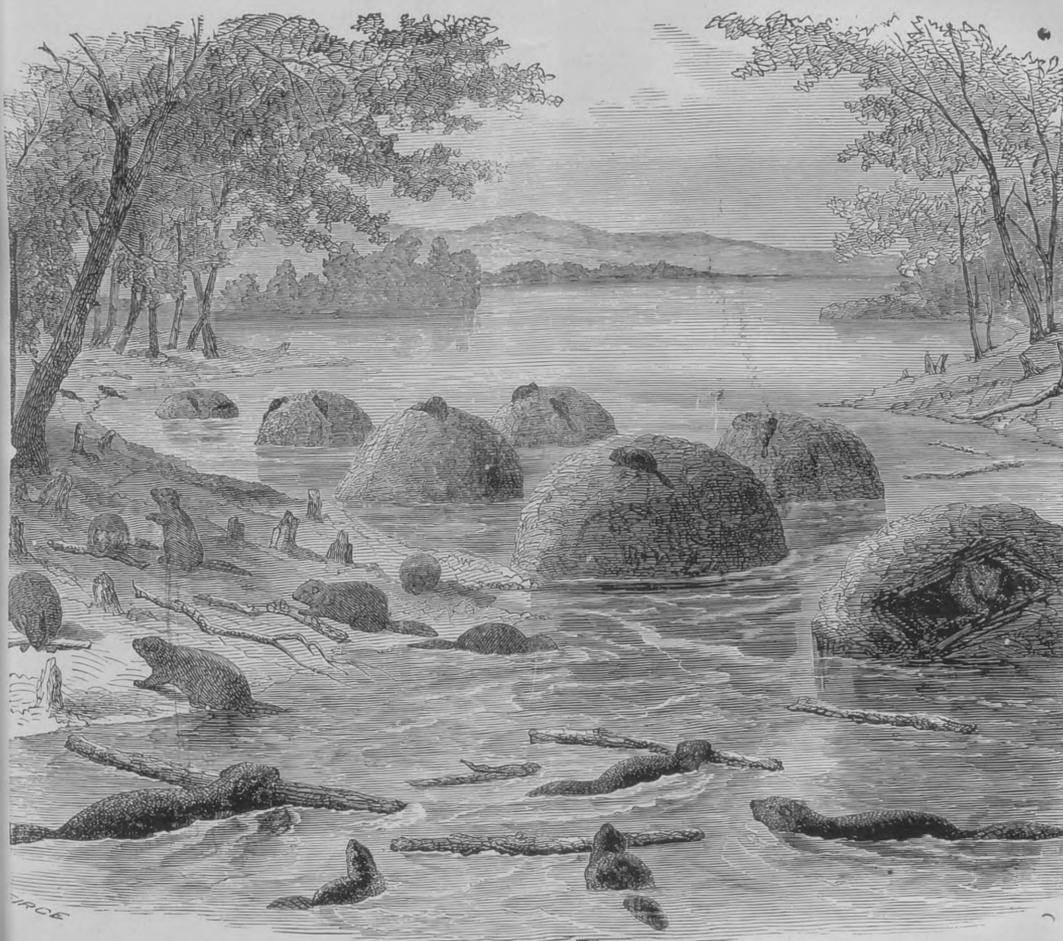
EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

MADRID, 25 DE JUNIO DE 1933

NÚMERO 26

LOS CASTORES



Viviendas de castores

No sé si vosotros, mis pequeños lectores, habéis oído contar alguna vez de ese gran territorio en el Norte de América que se llama el Canadá. Probablemente sí; a lo me-

nos aquellos que han empezado ya a estudiar Geografía.

Hay en el Canadá grandes extensiones de bosques y prados casi desiertos, donde

los animales viven a sus anchas, sin que ningún ser humano les estorbe su completa libertad. Allí es donde vive ese animal roedor, diligente: el castor, del que ahora os voy a contar algo y al que veis representado con sus casitas redondas en la lámina.

Nada tiene de bonito este animal, a no ser el pelo, que es muy suave y de un color castaño claro. La cabeza es redonda y lisa, tiene ojos pequeños muy vivos y grandes dientes amarillos y afilados. Es, sobre todo, su cuerpo extraño que le da un aspecto informe; las patas delanteras son cortas, terminando en unas manitas con garras encorvadas que se asemejan a las de la ardilla; las de atrás son mucho más grandes, como la palma de una mano, cuyos dedos están unidos por una membrana, como los pies de los patos, lo que les permite nadar bien, y, por fin, la cola, ovalada y gruesa, está cubierta de escamas, como un pez.

¿Verdad que es interesante este animal, medio pez y medio roedor? ¿Y qué diréis si os digo que estos castores son unos carpinteros de primer orden? Veréis: estos animales se reúnen en grandes bandos de 150 a 200 en los grandes bosques del Canadá, y entre todos escogen un lugar a propósito para sus trabajos, que consisten en construir pequeñas cabañas en los ríos o lagos. Todos unidos con buen orden, comienzan por derribar un árbol cerca del río. Con sus dientes, que son verdaderos serruchos, consiguen serrar oblicuamente el tronco del árbol, hasta que cae sobre el nivel del agua. Inmediatamente otros castores más pequeños vienen para cortar con toda habilidad las ramas del árbol caído que no le dejaban descansar bien sobre el margen del río. Entre tanto, otro grupo de castores va hacia los árboles más pequeños, para cortarlos todos a la misma altura de 30 a 50 centímetros, y los convierten en tablones con punta aguzada. Aparentan estar en un

taller con sus artistas en plena actividad. Después de hacer rodar estos maderos a las orillas del río, los arrastran hacia el tronco grande y en seguida empiezan los trabajos de carpintero, cantero y albañil.

Son una verdadera maravilla estas construcciones edificadas por los hábiles e inteligentes animales, que con su persistencia y en buena armonía, forman verdaderas aldeas, separando el agua por medio de diques de modo que en el río se forman pequeños lagos artificiales.

Estas construcciones tienen sus divisiones por dentro. Podríamos decir que arriba tienen el dormitorio y abajo el comedor, donde guardan sus provisiones para el invierno. No se olvidan tampoco de abrir un hueco arriba, porque estos animalitos son tal vez más amigos del aire que muchas personas y por ese hueco algunas veces se tiran al agua para tomar un baño. Esto también puede servir de ejemplo a muchos niños y niñas que, cuando mucho, apenas se lavan la punta de la nariz.

Una cosa quisiera que los lectorcitos del AMIGO supieran también, y es esto: Nunca los buenos animales podrían hacer semejantes prodigios ni desarrollar estas excepcionales cualidades de inteligencia, sagacidad y reflexión, si, siendo tan numerosos, no trabajasen perfectamente unidos. Un castor que vive solo, únicamente para sí, es completamente inútil. Esto es muy significativo y lo dejo a la buena inteligencia de mis lectores, que buena lección se puede deducir de ello.

(Del *Amigo da Infancia*.)

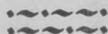
A D I V I N A N Z A

Barrabás llama a la puerta
y trae flores de la huerta,
mas no las quiere dejar
y se las vuelve a llevar.

(El viento.)

Cu
do los
do col
felicid
llevaba
cerrar
rompie
perlas
solada
perlas.
nueve
por m
contra
poco e
bía te
castigo
que a
Pero
y que
que u
taba e
triste
dida e
Cuanc
su can
des o
de la
—¿
va pa
—
fanta.
—E
te pu
ir cor
—I
la pe
dose
Jun
ron n
entre
minab
respla

LA PERLA PERFECTA



Cuando la infantita Yossa hubo cumplido los doce años, su padre le regaló un lindo collar de diminutas perlas blancas. ¡Qué felicidad! Todos lo debían admirar y lo llevaba siempre puesto; pero por abrir y cerrar tantas veces la cerradura, un día se rompió el collar, desparramándose todas las perlas por el suelo. La infantita estaba desolada y toda la corte se puso a buscar las perlas. Pero sólo encontraron cuarenta y nueve de las cincuenta que habían sido, y por mucho que buscaban, nadie podía encontrar la que faltaba. El rey estaba un poco enfadado por la poca atención que había tenido la infantita con su regalo, y la castigó con no darle otra perla, pensando que así otra vez tendría mayor cuidado. Pero no sabía cuán triste estaba su hija y que apenas dormía. Eso no lo sabía más que una, la hada Florinda, que siempre estaba con la infanta. Florinda estaba muy triste al ver la pena de Yossa por la pérdida de su perla y se decidió a ayudarla. Cuando una noche la infantita estaba en su cama y miraba acá y allá con sus grandes ojos serios, Florinda se sentó encima de la manta.

—¿Desearías tanto tener una perla nueva para tu collar, Yossita?

—¡Ay, sí, sí!—dijo sollozando la infanta.

—Pues no te apures; no llores; quizás te pueda ayudar; pero entonces tienes que ir conmigo al valle de lágrimas.

—Iré a todas partes con tal de encontrar la perla que me falta—dijo Yossa, secándose las lágrimas.

Juntas se pusieron en camino y no tardaron mucho en llegar a un valle profundo entre dos elevadas montañas. Mientras caminaban por allí, se les acercó una figura resplandeciente.

—No tengas miedo—susurró Florinda—. Esta es la reina madre, el hada de las lágrimas, que tiene aquí sus dominios.

Saludó amablemente a la reina, la presentó a la infantita y le refirió lo que buscaban. El hada de las lágrimas movió la cabeza.

—Temo que no tengamos aquí una perla digna de ser llevada por una princesa—dijo.

—Pero, querida hada, si el suelo está todo cubierto de perlas—exclamó Yossa asombrada.

Se quedó mirando las piedrecitas brillantes que yacían esparramadas por todas partes. Pero el hada de las lágrimas volvió a mover tristemente la cabeza.

—A primera vista son bonitas; pero mirándolas más de cerca verás que no son tan hermosas. Fíjate en ésta, por ejemplo.

El hada de las lágrimas cogió un puñado de ellas y, después de haberlas lavado en un riachuelo que cerca de allí pasaba, se las enseñó a la infanta. Yossa entonces también se dió cuenta de que las perlas no eran bonitas en cuanto a la forma y algunas estaban manchadas.

—Son perlas hechas de las lágrimas egoístas de una niña que lloraba porque las otras niñas no querían jugar a lo que a ella se le antojaba—dijo el hada.

Yossa siguió mirando a su alrededor.

—Pero ésta—dijo, inclinándose para recoger otra perla grande—, ¡es preciosísima!

—No lo creas. ¿No ves cuántos agujeritos tiene? Es una lágrima llorada de rabia e indignación. Ya ves, muchas lágrimas se derraman y a primera vista parecen muy bien; pero si te fijas un poco más pronto te darás cuenta que la mayor parte no valen nada.

Ya, por fin, Yossa empezó a compren-

der lo que quería decir el hada de las lágrimas. Se podían encontrar bastantes perlas, y algunas, por su tamaño, habrían venido bien con las cuarenta y nueve de la infanta, pero no eran bastante bellas. Las perlas de mujeres celosas tenían colores muy curiosos; las de niños mimados eran demasiado blandas, y las de despecho, tenían esquinas duras y lados agudos.

—¿No encontraré nunca una perla buena?—dijo Yossa llorando, después de haber buscado mucho, mucho.

—Lágrimas que formen perlas perfectas son muy raras—contestó muy seria el hada de las lágrimas—; pero puede ser que aún te pueda ayudar. Con mis anteojos mágicos veo allá en la montaña aquella, donde vuelve a empezar la tierra de los hombres, un rapazuelo tumbado en el suelo. Se ha caído y se ha lastimado la pierna de tal modo, que no puede andar. Allí está tiritando de frío con la poca ropa que lleva. Pero en este momento pasa por el mismo camino una joven bien vestida y abrigada. Ahora está cerca del muchacho, se inclina hacia él, toma de sus hombros la suave chalina y se la da. Y mientras lo hace y le ayuda a

arroparse con ella, ruedan unas lágrimas por sus mejillas. Lloro porque ve cómo sufre el pobre rapaz.

—Mira, mira—interrumpe llena de júbilo la infantita—; sus lágrimas corren monte abajo hacia nosotras; una acaba de caer sobre mi mano. ¡Qué perla tan pura y tan preciosa! Esta irá bien con las otras perlas de mi collar...

—Sí—replicó el hada de las lágrimas con voz suave y grave—; esa viene bien. Es la perla perfecta de las lágrimas de compasión.

Cuando la infanta Yossa volvió a casa con el hada Florinda, estaba muy pensativa. Por la tarde dijo a sus padres:

—He encontrado una perla por lo menos tan hermosa como la que perdí. Y ahora, padre mío, haré todo lo posible por merecer mi collar de cincuenta perlas y llevarlo debidamente.

Nunca olvidó lo que había visto en el valle de lágrimas, y cuando ya fué mayor y llegó a ser reina, todos los hombres amaban mucho a la reina Yossa, porque era cariñosa para todos y les ayudaba en todas sus necesidades.

SECCION RECREATIVA



A DIVINANZAS

Llevo a veces la alegría
y a veces llevo el dolor
a aún sabiendo que engaño,
todos me tienen amor.
(El sueño.)

¿Qué es lo que llega
siempre a quintales?
(El mal.)

Una señora de muchas basquiñas,
y que se pone la peor encima.
(La cebolla.)

Blancas monjitas
aliniaditas,
formando corro vienen y van
son pequeñitas,
muy graciositas
y pocas veces quietas están.
¿Cuál será?
(Los dientes.)

PRECIOS DE SUSCRIPCION: *Por un año:* En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00
(25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50
Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia. 60, Madrid.